

Stalingrado

(De *El Nacional*, México, D. F., 4-X-42).

Los numantinos trataron con dignidad, agotados los recursos de la guerra, para proseguir la defensa de la ciudad, acerca de las condiciones de su rendimiento. El jefe *Avaro* dijo que convenía, para honra de los propios vencedores, que los vencidos fueran tratados con respeto. Mas *Scipion*, arrogante, informado por los propios prisioneros del estado que prevalecía entre los sitiados, no aceptó ninguna condición. La plaza debía de rendirse y ponerse a merced del ejército romano. Los numantinos decidieron entonces, resistir hasta la muerte. Y resistieron más allá de la muerte. Los cadáveres eran también una resistencia; la carne podrida contra la espada; el gesto de horror contra la furia; la desnudez inerme contra la agresión armada. Cuando Numancia fue ocupada, el vencedor sólo encontró muertos, agonizantes y el espanto del heroísmo de los hombres que, impotentes para defenderse, delante de los soldados se suicidaban. La muerte antes que la ignominia. La leyenda dice que Scipión se avergonzó de sí mismo ante la grandeza de los hombres que, sin vencerlos, había destruido. Los derrotaba, no los vencía. Frente al rostro de Scipión las llamas de la ciudad incendiada eran como exaltaciones de la conciencia de aquellos hombres libres que habían caído.

Pero si los ibéricos tuvieron aliento de tal especie para defender la libertad y el decoro del pueblo a que pertenecían, careciendo, dentro del primitivismo en que vivían, de una conciencia superior, universal, que los vinculara a la causa profunda de todos los hombres, cómo no ha de explicarse la magnitud del esfuerzo que han hecho—que están haciendo—los hombres que defienden hoy *Stalingrado*, frente a la amenaza del sitio que sostienen los hitleristas. Los soviéticos defienden su ciudad, con más razones con que los numantinos defendieron Numancia. Los soviéticos tienen las razones de la responsabilidad universal. No fue esta deficiencia pecado de los ibéricos; es exigencia del tiempo y de la realidad de la vida; es mandato de la historia. Los soviéticos, defensores de Stalingrado, no sólo constituyen la expresión de un pueblo que quiere salvar su libertad, su honra y su vida. Los soviéticos en la guerra actual—polarizada en Stalingrado en el momento presente—defienden *algo* que pertenece a todos los hombres libres del mundo. Los defensores de Stalingrado no son sólo los defensores de una ciudad. El heroísmo que han puesto al servicio de la lucha; la resistencia que han demostrado; la inquebrantable fe que han enaltecido para conseguir el triunfo, no puede descansar meramente en el ansia natural y humana de querer salvar lo propio. *Algo* que no se ha dicho—o que no se ha dicho bastante—pero que existe en la conciencia de todos (*la razón de una vida más justa para la humanidad*) es lo que constituye la clave de esta realidad que los hombres de todas las latitudes contemplan asombrados. Este *algo*, esta razón de una vida más justa para todos los hombres, es el nacimiento de una nueva conciencia social, en la cual los esfuerzos encontrarán más solidez, más responsabilidad activa, más dirección hacia el futuro. Y es que en las guerras existen momentos en que no se defienden intereses locales, ni intereses vinculados a la patria, al rey, al presidente, al territorio, a la parcela en que se vive, a la política que se sigue, a la religión que se profesa, sino que se defienden valores más eternos, más ciertos, porque radican en la conciencia de todos, y comprometen la vida de todos, en una totalidad inquebrantable. Así fue como los hombres de la

revolución francesa defendieron el nacimiento de una nueva causa humana: la de la democracia que nació entonces para bien de los hombres libres que se levantaban: los burgueses. Todo el siglo XIX fue la historia de este hecho; fue la desintegración de los recursos que se consideraron también ganados para bien de todos. La burguesía, como toda clase con privilegios, acabó por olvidar *el sentido* de su origen y se adueñó de lo que había quitado a los aristócratas que murieron en la Bastilla. En la lucha por la defensa de Stalingrado se defiende el nacimiento de una conciencia universal, sin clases sociales, sin intereses bastardos, y sobre todo, sin *ganancias transferidas*. Lo que se defiende en Stalingrado corresponde por partes iguales a los rusos, a los mexicanos, a los ingleses, a los norteamericanos, a los chinos, a los hombres que han abierto los ojos de la con-

ciencia para mirar no el espejismo de una acomodación de intereses particulares sino la salvación de los intereses de todos, de los más, de los que tienen que ganarse la vida no con herencias, ni con privilegios ni con mentiras ni con espadas ni con ametralladoras ocultas en la caja de caudales ni con puñales guardados en billete de banco. En Stalingrado se defiende la causa de una conciencia social. La causa que triunfará sobre el capitalismo, sobre el monopolio, sobre el militarismo, sobre la confabulación de lo bastardo crecido en el vientre de todos los Estados. La causa que ha de cimentarse en la justicia que atiende más a la justicia que a la ley. Sobre los muertos en Stalingrado ha de levantarse un monumento no a la guerra ganada, sino al triunfo de la conciencia. Las voces de los poetas que ya sonaron: Neruda, Huerta, han de seguir sonando como voces y ecos de la misma llama: la llama de una conciencia humana, que ata a los hombres libres.

EMILIO ABREU GÓMEZ

El Clero de entonces...

(En el *Rep. Amer.* Envío de Emilia Prieto).

Los sucesos que en 1884 culminaron con la expulsión de los jesuitas, fueron el resultado de la actuación política de los mismos señores Jesuitas.

El Gobierno del General Fernández se proponía implantar reformas útiles y necesarias para mejorar nuestras condiciones sociales. Al efecto quitó a los S. S. curas de parroquia la administración de los cementerios. Estos tales curas se embolsaban los derechos que cobraban por enterrar a los muertos y lo peor era que excluían del privilegio de ser enterrado en campo santo a individuos que murieran ya alcoholizados, suicidas o en desafío. Los cadáveres de éstos iban a parar a una zanja fuera del cementerio eclesiástico. Abolir tales prácticas y establecer reformas perfectamente humanas fue la actuación progresista y destacada del Gobierno del General don Próspero Fernández, uno de nuestros mejores presidentes.

Debido a tales controversias, el Clero de entonces, salvo algunas honrosas excepciones, armó querrela contra el Gobierno legalmente constituido con beneplácito del país. Comenzó una campaña de desprestigio contra el Gobierno, por iniciativa y constantes trabajos del Clero, con impulsión abierta de los S. S. de la Compañía de Jesús que maniobraban desde el Colegio de Cartago. El Gobierno no podía cruzarse de brazos ante tal fuerza subversiva y entonces se dirigió al Jefe Sr. Obispo Thiel, llamándole la atención al respecto y suplicándole que como Jefe impidiera que sus subalternos, en el confesionario y en el púlpita continuaran desacre-

ditando al Gobierno. El señor Obispo por su parte se frotaba las manos, prometía remediar las dificultades y dirigía circulares a los curas, sus subordinados, pero en el fondo los atisaba para que continuaran su trabajo ilegal.

Comprendiendo el Gobierno que las amonestaciones no daban ningún resultado, se decidió a cortar por lo sano, y vino entonces la orden del 4 de Julio de 1884. Con esta disposición terminó la agitación política que vivía el país y se restableció la tranquilidad.

Por su parte el Clero regular no sintió mucho la expulsión porque con ella se quitaban de encima una fuerte competencia. Estos S. S. Jesuitas se ingeniaban para mandar dineros a Francia dentro de panecillos de cacao y allá sus compañeros de la Casa Madre decían misas que los devotos de aquí pagaban; esto naturalmente le restaba fondos a los clérigos nuestros y restaba también la circulación del oro exportado. Remediar estos males fueron las consecuencias inmediatas de esta famosa expulsión de los jesuitas, que fué presenciada por más de quinientas personas, yo en cuenta, en la Estación del Ferrocarril al Atlántico. Allí montaron los padres sendas muías, para ir por San Isidro hacia Río Sucio y seguir por Guápiles hacia Limón. Al arrancar la caravana conducida por la policía una salva de gritos y silbidos fué el adiós con que el pueblo despidió a los misioneros.

BLAS PRIETO

San José, 22 de julio de 1942.

Haikais japoneses

(Traducciones del japonés)

(Envío de don Manuel Crespo)

Casa cerrada:

*En torno del farol de papel
los murciélagos danzan.*

(Ransetsu)

La hoja muerta

*al posarse acaricia
la tumba de piedra.*

(Ransetsu)

Pimiento de mi tierra:

*Añadidle unas alas,
y es la roja libélula.*

(Basho)

(1940)

JORGE CARRERA ANDRADE